

Vínculos entre la formación profesional y la educación regular

Carlos Rodríguez

A partir de la evaluación de la situación de los sistemas educativos de América Latina el autor reflexiona sobre la necesidad imperiosa de su potenciación (fundamentalmente a través de la dotación de mayores recursos) y de su articulación con los sistemas de formación profesional, creando un único sistema nacional de formación, en la búsqueda de la superación de disfuncionalidades organizativas, técnicas y de orden jurídico. Encuentra en la articulación de los sistemas de formación y de educación regular el camino para que la formación responda a las demandas del mercado de trabajo y del sector productivo, brindando respuestas diferenciadas para distintos tipos de población en diferentes conformaciones regionales y sectoriales. Carlos Rodríguez es Director del Departamento de Educación de la Central Unitaria de Trabajadores -CUT- de Colombia.

Cutcol@col3.telecom.com.co

5 5

Dramática se torna la situación educativa

En abril de 1998 fue divulgado simultáneamente en todo el continente, el informe de la Comisión Internacional sobre Educación, Equidad y Competitividad Económica, creada en 1996 por el diálogo interamericano y la Corporación de Investigaciones para el Desarrollo, CINDE, como parte del programa de promoción de la reforma educativa en América Latina y el Caribe.

Los resultados fueron sombríos y preocupantes. Según el comité de expertos que adelantó el estudio, las escuelas latinoamericanas están en crisis y no educan a los jóvenes de la región, y lo que aún es peor, en lugar de contribuir al progreso y al de su gente, los están frenando, aumentando la pobreza y la desigualdad, así como el rendimiento deficiente de la economía.

En materia de gastos en educación, las cifras son elocuentes. Mientras en países desarrollados invierten

US \$ 1211 per cápita, en América Latina apenas dedicamos US \$ 153, poco más de la décima parte. Y si miramos el gasto anual por alumno, la relación es peor. En primaria es solo el 6 por ciento de lo que invierten los países desarrollados; en secundaria sube al 7.6 por ciento, y en educación superior, como gran cosa, llegamos al 14.8 por ciento.

Hubiéramos querido que en los dos años transcurridos estas cifras se modificaran para bien de nuestros países. Desafortunadamente debemos decir que la situación educativa se torna dramática: más de 880 millones de adultos analfabetos, casi todos de países del tercer mundo, el 68 por ciento mujeres; 125 millones de niños entre 6 y 11 años que no asisten nunca a la escuela; 150 millones que tendrán que abandonarla en los próximos meses.

Federico Mayor Zaragoza, director de la UNESCO entre 1987 y 1999, no solo aporta estas dramáticas cifras sino que proporciona un par de reflexiones acerca de ellas. La primera es que no se trata de un problema económico: con un leve aumento de la inversión del Producto Interno Bruto en educación - apenas entre 0,1 y 0,25 por ciento, será posible reducir drásticamente este ejército de analfabetos. La segunda es que, por desgracia, no hay voluntad política para hacerlo.

Prueba de ello es el aplazamiento vergonzoso de lo que debería haber sido el Gran Año de la Educación Uni-

versal. Hace una década, 155 países acordaron que tal fecha sería el año 2000: nada mejor para empezar el milenio que un gran esfuerzo por la educación. Pero en 1995, cuando nada se había hecho por prepararse para el supuesto «año mágico», se convino aplazar el lanzamiento para el 2015. Ahora se habla del año 2025.

No hay nada más fácil que hacer demagogia con la educación. A la hora de los discursos, todos son lindos propósitos que con el paso del tiempo se convierten en agua de borrajas: la educación tiene menos glamour que muchos proyectos de relumbrón, que ofrecen succulentos momentos fotográficos para la prensa.

Lo que ha ocurrido con el acuerdo de los 155 países por la educación pasó también con los planes educativos que, con bombo, platillos y distinguido elenco de personajes garantes, anunciaron nuestros gobiernos, durante los últimos tiempos.

Han pasado casi dos años y de aquello que se prometía se ha dado poco o nada. Se ofreció, mentirosamente, que la cuchilla del ajuste fiscal no iba a tocar a la educación y este año, comparado con el anterior, en Colombia, por ejemplo, se redujo el presupuesto en 360 mil millones de pesos.

A comienzos de este mes terminó en Senegal el Foro Mundial sobre Educación, auspiciado por la ONU y el Banco Mundial. Durante tres días, 145

países discutieron la importancia de la educación en el desarrollo y demás capítulos archisabidos y archidis- cutidos pero poco aplicados. En esta ocasión, sin embargo, apareció un rayo de esperanza en el multitudinario con- greso.

No procede propiamente de los gobiernos que acuden a él, pues son los mismos que han aplazado ya dos veces el lanzamiento del Gran Año. Esta vez lo que permite pensar en una línea de acción mínima es la presencia de varios sindicatos y ONG's, que han celebrado una reunión previa a la de los delegados oficiales y quieren con- vertirse en acicate para que la oratoria de circunstancias se convierta en he- chos.

Ellos nos han recordado que el gasto militar global se aproxima a 800 mil millones de dólares anuales, mu- chísimo más de lo que costaría abrir y sostener escuelas para enseñar el abe- cedario a los analfabetos del mundo.

También nos han hecho caer en cuenta de que esos mismos gobiernos, cuyos representantes pronuncian ora- ciones admirables sobre la educación como antídoto de la guerra, no tienen reparo en incrementar escandalosa- mente sus presupuestos militares: 14 por ciento en América Latina, 26 por ciento en Asia y 45 por ciento en Afri- ca del Norte, entre 1988 y 1997.

Quizás los sindicatos y las ONG's que acudieron a Senegal ayuden a vi-

gilar la doble moral de los gobiernos que tan solícitamente asisten a los fo- ros. Y tan velozmente olvidan sus acuerdos.

Así las cosas, nuestros países, a lo largo del siglo XX, no han tenido una política de Estado sobre desarro- llo científico o tecnológico, como tam- poco la han tenido sobre educación.

De ventajas heredadas a ventajas construidas

La consolidación de un nuevo sis- tema técnico a lo largo de los últimos 20 años, basado en las tecnologías de la información y sustentado en cuatro pilares: la robótica, la telemática, la informática y la electrónica, han mo- dificado radicalmente la competitiv- dad de las naciones.

Los sectores intensivos en mano de obra se convirtieron en sectores in- tensivos en capital y tecnología, las antiguas ramas industriales basadas en líneas semiautomáticas de producción se transformaron, gracias al nuevo sis- tema técnico, en procesos automatiza- dos de fabricación. El despliegue in- dustrial no tuvo lugar y, por el contra- rio, se dio un proceso de auge indus- trial en los países desarrollados.

La competitividad de las naciones pasó de las ventajas heredadas (situa- ción geográfica, dotación de los recur- sos naturales, mano de obra abundan- te con salarios de subsistencia), a las ventajas construidas, en las cuales los

5 7

sistemas de investigación y desarrollo, y la existencia de una población altamente calificada, con habilidades para crear, adaptar y desarrollar nuevas tecnologías, juegan un papel central.

Toda sociedad para ser viable debe contar con el dominio de un conjunto amplio de tecnologías que le permitan acceder a los servicios básicos (educación y salud), desarrollar su seguridad alimentaria, construir la infraestructura requerida (vivienda), capacidades para conducir el sistema productivo y competencias que le permitan mejorar la gobernabilidad del sistema político y social.

Dadas las características del nuevo sistema técnico, el dominio de las tecnologías pasa por programas de investigación más finos y sistemas más complejos de formación del potencial humano. Así, por ejemplo, el diseño y construcción de puentes tiene que ajustarse a las especificaciones de los vehículos que se construyen actualmente, responder a las formas de elaboración que demandan la maquinaria y los equipos actuales de construcción y contar con nuevos materiales, todo lo cual exige que los trabajadores involucrados en su diseño y producción tengan formaciones y habilidades muy diferentes a las requeridas en el pasado para adelantar este tipo de obras.

En consecuencia, los programas de investigación y formación (programas curriculares, contenidos, compe-

tencias), de ingenieros, tecnólogos y técnicos, deben ser igualmente diferentes a los existentes en el pasado, fenómeno que acontece en todos los campos.

Desafortunadamente, ni cuantitativa ni cualitativamente (pertinencia y calidad) la educación no está formando los cuadros para conducir el sistema productivo, ni el político, o la construcción de la infraestructura física requerida o la provisión de los servicios básicos.

Necesitamos articular la formación profesional con la educación formal en un sistema nacional de formación, para superar las disfuncionalidades organizativas, técnicas y de orden jurídico; haciendo que la formación responda globalmente a las características y demandas del mercado de trabajo y del mercado productivo; adecuando su oferta en forma diferenciada a distintos tipos de población y a diferentes conformaciones regionales y sectoriales.

Requerimos una educación que permita a sus egresados plantear y solucionar problemas, conectar diferentes saberes y darles un sentido.

La educación que tenemos hoy no lo está haciendo. Es una educación cuyo fundamento está centrado en la enseñanza de procedimientos para llevar a cabo labores rutinarias, no en los fundamentos de las disciplinas para

crear, plantearse problemas y buscar alternativas.

Propugnemos por una educación que forme a sus alumnos, antes que todo como ciudadanos, una educación que permita a los educandos desplegar todas sus potencialidades como personas, una educación para el trabajo en equipo, una educación en un pensamiento sistémico para aprehender los fenómenos complejos y enfrentar los desafíos de un mundo cada vez más intrincado e incierto.

Aquí vale la pena, de manera autocrítica, decir que el papel del sindicalismo ha sido mediocre para presentar un modelo de desarrollo alternativo, porque hemos actuado más con visión sectorial que nacional.

Trabajemos como ciudadanos

Para los trabajadores, la producción ocupa un lugar importante en todo proyecto de progreso y muchas de las reivindicaciones de otros movimientos sociales, que son contradictorias con él, tendrán que ser resueltas en un plano temporal y mediante transacciones y acuerdos. La base material y productiva de la sociedad no puede colapsar.

Es previsible entonces que, ante los cambios tecnológicos, ante los procesos de internacionalización de la economía y ante los procesos de creciente profesionalización de la actividad productiva, los trabajadores clásicos, in-

fortunadamente, adopten posiciones defensivas.

Lo anterior también hace urgente cambios y transformaciones en la propia base social y cultural de los trabajadores.

Una primera condición para que esto ocurra es que los trabajadores y sus organizaciones puedan efectivamente entender la nueva dinámica de los movimientos sociales y concertar con ellos.

Para ello es necesario que amplíemos la mira, es decir, que no nos veamos simplemente como trabajadores sino que nos consideremos como ciudadanos. Una transformación tal implica cambios en la mentalidad y en su estructura de relación con los demás integrantes de los sectores subordinados.

Siguiendo a Gramsci, parece obvio que los trabajadores tenemos que superar la mira y la práctica meramente gremial, para proyectarnos con una visión social y cultural más amplia, lo cual implica necesariamente la plena autoconciencia del trabajador como ciudadano.

Ello también hace que se trabaje por una cultura colectiva del ciudadano como trabajador. Lo anterior supone recuperar la conciencia de la producción como responsabilidad colectiva, y de la ética del trabajo como fun-

59

damento de la cooperación social. En suma, estos serían presupuestos mínimos para crear una gran identidad colectiva, capaz de aglutinar a los trabajadores productivos, de los servicios, de la clase media, de la microempresa y aún de los sectores informales, en un proyecto político solidario frente a la desintegración individualista del neoliberalismo.

Concertemos nacionalmente la formación

60

Como es de nuestro conocimiento, el modelo económico educativo que los gobiernos latinoamericanos impulsan, apunta a sustituir el subsidio actual que se da a las escuelas públicas en forma de maestros y recursos para las instalaciones, por una suma fija por alumno que se entregaría a los establecimientos según el número de estudiantes.

Esta modalidad, propuesta por Milton Friedman, marca la iniciación de la privatización de la educación pública. Cada escuela obtiene el subsidio en términos del número de alumnos y lo moviliza de acuerdo con los estímulos del mercado. El sistema mantiene la ingenuidad de las reformas de libre mercado que intentan forzar soluciones de competencia en sectores dominados por las deficiencias del mercado.

Estas formulaciones reiteran la lucha por un sistema nacional de formación, que articule en un todo lo corres-

pondiente a lo educativo. Necesitamos cambiar para avanzar y si es preciso, romper esquemas para dar paso a una concertación nacional sobre la formación.

Por supuesto que para este diálogo nacional requerimos plantearnos un modelo de desarrollo alternativo que precise cuál es la prioridad económica o productiva de cada país, para saber hacia dónde se prioriza la formación y qué contenido se le da.

Estamos por una educación vitalicia; que nadie deje jamás de aprender. La enseñanza moderna es un proceso inacabable y mientras más educado sea un latinoamericano, más educación seguirá necesitando a lo largo de su vida. Queremos educación para la democracia y en la democracia.

El ejercicio de repensar la escuela implica ubicarnos en un momento histórico crucial, cual es el inicio de un nuevo siglo que anuncia cambios en la economía, el conocimiento, los niveles de relaciones, la cultura y, por supuesto, la educación.

En este sentido se vienen haciendo algunos esfuerzos por involucrar el sistema educativo en procesos de apropiación de conocimientos, que aporten a la base productiva, teniendo en cuenta el desarrollo de la ciencia y la tecnología y su incidencia en lo económico y lo social; pero también, y con no menos empeño, mediante la implementación de una cultura política que,

en el ejercicio cotidiano, genere nuevas relaciones democráticas y de convivencia, que permitan la reconstrucción del tejido social y que este pueda, como colectividad, asumir los nuevos retos económicos y políticos de la modernidad en el marco de la humanización.

Esta dinámica alrededor de lo educativo abre escenarios para la participación, el intercambio, la conformación de comunidad educativa, la actualización permanente, la dinamización de la investigación y la transformación pedagógica, entre otras.

Es en este contexto, que Cinterfor-OIT y el sindicalismo propician espacios de participación y discusión con la intención de lograr propuestas alternativas surgidas desde los propios protagonistas del proceso educativo, en la perspectiva de repensar la escuela, articulando en un sistema nacional de formación, la educación regular y la formación profesional.

Hacia un Sistema Nacional de Formación

El establecimiento de un sistema nacional de formación constituye una tarea reconstructiva dentro del propósito de promover una mayor articulación y organicidad entre los niveles, instituciones, programas y prácticas administrativas y académicas en la formación.

La educación regular o formal es uno de los campos con mayores repercusiones sociales en un país y con mayor incidencia en el devenir de una nación en el mundo contemporáneo. Por eso mismo este campo debe someterse al más exigente de los escrutinios.

En realidad, a medida que profundizamos sobre la educación, se hace más claro para todos que la formación profesional y la educación regular, siempre que reúnan características de calidad y pertinencia con las necesidades del sector productivo y las prioridades de la nación, son fundamentales para el desarrollo de los países.

Cuando planteamos que los vínculos entre la formación profesional y los sistemas de educación regular hoy están dislocados, y que propugnamos por un sistema nacional de formación que los articule, lo decimos porque ahora encontramos entidades estatales, mixtas y privadas. Unas se mueven en el ámbito de los ministerios de trabajo, otras en el de los ministerios de educación; unas se financian con porcentajes obligados de las nóminas de las empresas, otras con asignaciones de los presupuestos estatales; unas con contribuciones voluntarias de las empresas, otras con el cobro total o parcial de sus servicios. Algunas programan y ejecutan ellas mismas todos sus servicios, otras son entes rectores que contratan a la vez la atención a sus beneficiarios.

6 1

Si abordamos el tipo de formación que se brinda y las necesidades de la nación, el balance es deprimente, porque la educación no se desarrolla en correspondencia con las necesidades del país, ni con las prioridades del sector productivo.

Aquí viene una discusión sumamente interesante. ¿El modelo de desarrollo que implementan nuestros países corresponde a las necesidades y prioridades de nuestras economías en desarrollo o simplemente acatamos los ordenamientos del FMI y somos instrumentos dóciles de los países industrializados?

¿Es cierto que toda la estructura productiva de nuestros países ha sufrido un profundo impacto, expresado en el cambio tecnológico, la reconversión industrial y la modificación de las estructuras ocupacionales, cuando los países en desarrollo están desindustrializados?

Este divorcio se refleja en cifras abundantes sobre las divisiones sociales del continente. El abismo entre pobres y ricos es grave, cuando la mitad de la población, doscientos millones de habitantes, sobrevive apenas con ingresos mensuales de noventa dólares o menos.

Así las cosas, ¿puede la educación ser el puente entre la abundancia cultural y la parsimonia política y económica de América latina? No, no se tra-

ta de darle a la educación el carácter de curallotodo. Se trata, más bien, de dar funciones precisas tanto al sector público como al privado, sin satanizar ni al uno ni al otro, pero sujetando ambos a las necesidades sociales manifestadas por los trabajadores y la sociedad civil.

Respetemos y aprovechemos las lecciones de los momentos anteriores, pero aceptemos que la continuidad y fuerza de nuestra cultura jamás se ha sometido a un patrón abstracto y único, sino que ha prosperado dentro de alternativas que hacen de la heterogeneidad, virtud.

La sabiduría clásica nos dice que de la diversidad nace la verdadera unidad. La experiencia contemporánea nos reitera que el respeto a las diferencias crea la fortaleza, y su negación, la debilidad; y la memoria histórica nos confirma que el cruce de razas y culturas está en el origen de las grandes naciones modernas.

Vínculos entre la formación profesional y la educación regular

No hay educación latinoamericana que no atienda a las particularidades nacionales y regionales del continente. Podemos confiar en que de nuestra diversidad respetada nacerá una unidad respetable. La uniformidad conceptual para sociedades heterogéneas nos ha dañado, nos ha retrasado y nos ha impedido aprovechar la experien-

cia y la sabiduría de las culturas alternativas en el mundo agrario, indígena y ahora, prolíferamente urbano de Latinoamérica.

Así las cosas, luchemos por una mejor educación para este siglo. Educación que tenga inmersa la Formación Profesional Integral. Es decir, que contenga las tres modalidades denominadas: Formación Profesional Titulada, que capacita en áreas ocupacionales completas; Formación Profesional Ocupacional, dirigida a la recalificación e inserción laboral de los desempleados; y Formación Profesional Continua, estructurada como respuesta a las necesidades de actualización permanente de los trabajadores ocupados.

La formación profesional en sus tres modalidades permitirá una reorganización de las relaciones con el desarrollo tecnológico, al garantizar que las acciones de los centros de formación y de los centros de desarrollo tecnológico en materia de investigación aplicada, innovación, transparencia y servicios tecnológicos, incidan de manera sistemática y permanente sobre las estructuras y contenidos de los cursos de formación profesional en todas sus modalidades, así como en los procesos de convalidación de la experiencia y de homologación y validación de títulos y certificados.

En el análisis de la formación profesional como elemento de una política social, debo referirme a las relaciones con el sistema educativo nacional

del que forma parte, aunque esté hoy desafortunadamente dislocada de él.

Recordemos que el proceso de articulación de la formación profesional integral, con los otros niveles educativos, significa mutuo apoyo e intercambio de saberes y experiencias pedagógicas y administrativas, por medio de alianzas estratégicas y de la conformación de redes de formación e información.

En ejercicio de esas alianzas y redes, se aplican estrategias y metodología propias de la formación profesional, como el diseño curricular, la modularización, la formación por ciclos y niveles, la desescolarización, la formación compartida con las empresas, el reconocimiento de cursos y programas, la orientación ocupacional y la asesoría a la educación media técnica.

63

Como diría el formidable investigador y consultor de la OIT, Oscar Valverde G.,: *«Para tan importante misión es menester que las instituciones de formación profesional públicas y privadas trabajen conjuntamente en el marco de una estrategia nacional de desarrollo, la cual sea fruto del consenso con los actores sociales, e incorpore de manera activa a las empresas y sindicatos en el diseño, realización, evaluación y seguimiento de los planes nacionales de formación profesional; la interlocución y participación del actor sindical, junto a los demás actores del tripartismo, es un requisito central para formular y desarrollar*

cualquier política nacional de formación profesional.

Por otro lado, es fundamental que la formación profesional esté en sintonía con el sistema educativo nacional (educación formal y no formal) y mantenga con éste los puentes de intercambio y continuidad que viabilicen la sinergia educacional necesaria para afrontar los retos competitivos de las empresas y los retos profesionales de los trabajadores.

6 4

Viéndolo de manera prospectiva, una de las preocupaciones más acuciantes del sistema educativo del cual la formación profesional forma parte, es el futuro del trabajo. La educación general no sustituye a la formación profesional: es su soporte fundamental; la formación profesional cualifica las funciones y operaciones mentales adquiridas en la enseñanza básica, para aplicaciones específicas cada día más flexibles y versátiles; pero la formación profesional no puede cubrir o compensar las carencias educativas

estructurales que se adquirieron por falta de escolarización o de formación básica durante la infancia o adolescencia.»

Finalmente, quiero decirles de la manera más fraternal, que la comprensión de algunas de las propuestas aquí contenidas, implica asumir la premisa kantiana de ponerse en el lugar del otro. Dicha premisa no quiere decir estar de acuerdo con el otro, sino estar dispuesto a acceder a su lógica interna, haciendo el esfuerzo de ponerse en el camino de la concertación.

Para aproximarse sin perjuicios a las discusiones planteadas, es bueno dejar a un lado las nostalgias oscurantistas. No podemos caer en una idealización del pasado, ni en una desidealización patológica del presente y mucho menos del futuro. Debemos asumir el hecho de que siempre, en todos los tiempos, hay una tensión entre lo antiguo y lo nuevo. A mi juicio, esa tensión es precisamente lo moderno. ♦